

do en hacer la paz, al saber que Davout había entrado de nuevo en Hamburg y reconquistado la línea entera del Elba, consideró ganada la partida y ya sólo se propuso ganar el tiempo necesario para que á él llegasen las tropas que tenía á sus espaldas, cuando precisamente lo que le urgía era arrojar al Vístula á sus enemigos, reocupar la Prusia, y ponerse en contacto con los sesenta mil hombres que tenía en las plazas fuertes del Oder. Pero Napoleón no quiso creer nunca en la posible defección de Austria, y creyendo hacer su política entreteniéndolo á Bubna, hacía la política austriaca que ac-

tivaba con desesperación sus armamentos y concentración de tropas para cumplir á Alejandro su palabra.

Bubna había repetido á Napoleón las proposiciones anteriores, sin embargo, se habían modificado ahora para calmar todas las susceptibilidades de Napoleón en puntos importantes. Napoleón guardaría las ciudades anseáticas hasta la paz general con Inglaterra, y también se dejaba para la paz general su renuncia del protectorado de la Confederación del Rin. La paz, pues, era posible, y en el ejército francés, lo mismo que en Francia se daba



Batalla de Bautzen

por hecha, y á acreditar esta ilusión contribuía Napoleón en primer término dejando á Maret que se entendiera con Bubna, mientras él aparentaba distraerse de las cosas de la guerra, dando representaciones de gala en los teatros de Dresde á donde había ido por su orden la compañía del teatro francés.

De la general creencia no participaban los gobiernos aliados, ni el austriaco. Metternich adivinó que se entretenía á Bubna y era necesario poner á estas conferencias un término, el término que convenía á los aliados, que no era cosa que estos esperaran á que Napoleón les atacase. En su consecuencia Metternich se decidió á pedir una entrevista á Napoleón que éste le negó, pero al saber que Metternich se había ido á conferenciar con Alejandro y Federico Guillermo á quienes aseguró que Austria cumpliría su palabra, caso de no acceder Napoleón á la paz, se puso fuera de sí, y ordenó más bien que mandó á llamar, que se le presentase Metternich.

Metternich llegaba á Dresde creyendo segura la paz. Alejandro y Federico Guillermo, habían consentido que la Bélgica quedase para la Francia, pues por aquel tiempo nadie pensaba en quitarle á Francia la orilla del Rin y la Bélgica, concesión empero hecha por su profunda convicción de que Napoleón no hacía la paz, pero al fin se hacía y Napoleón y Francia podían darse por más que satisfechas, y la verdad es, que ni en Francia, ni en su ejército había quien pidiera tanto.

Los mariscales habían aconsejado más de una vez que el ejército se retirara al Rin para defender la que ya se reputaba por todos la frontera natural de Francia, pero Napoleón no podía renunciar á su sueño de convertir á Europa en provincias feudatarias de su imperio.

Borrascosa en extremo fué su primera entrevista con Metternich, tanto que terminó despidiéndole para Viena en donde se verían para Octubre. Pero una terrible noticia calmó su enojo. Wellington

había derrotado á los franceses en Vitoria y copado su parque de artillería, compuesto de doscientos cañones, los franceses en el Norte estaban á la defensiva sobre el Pirineo, de un momento á otro podía Francia ser invadida. Llamó, pues, de nuevo á Metternich, y pidió que se prolongase por quince días más el armisticio que espiraba el 26 de Julio, y Metternich consintió, advirtiéndole que si al dar las doce de la noche del 10 de Agosto de 1813 Napoleón no había firmado las condiciones de paz que Austria le proponía, Austria firmaría á las doce y un minuto su alianza con las potencias del Norte

y que una semana después trescientos mil austriacos marcharían contra los franceses.

Napoleón, luego que hubo acudido á la urgencia de las cosas de España, mandando á Clausel que operaba ahora Navarra, treinta mil hombres de refuerzo que sacó de los departamentos de la frontera, y castigado á José á quien dió orden de que se retirase á sus posesiones de Morfontaine, entregó el mando en jefe del ejército de España á Soult quien al fin iba á demostrar al final de esta campaña que no en balde Napoleón le tenía por un gran militar, principió por calcular la posibilidad de la



Batalla de Dresde.—Muerte de Moreau

entrada de los austriacos en campaña, y como creyó que podría conseguir por medio de hábiles negociaciones entretener á Austria interin él destruía á los aliados, no se asustó ante la idea de verse encerrado dentro de un círculo de hierro y se dispuso para abrir la campaña de nuevo el 10 de Agosto.

Las negociaciones que conforme á su plan abrió con Metternich eran ridículas, pues le proponía destruir la Prusia y sustituirla en Alemania como gran Estado por la Sajonia, como si Austria pudiera hacer tan grande traición á los que habían fiado en su mediación. Viendo que nada consiguió por este lado, prometíale el abandono de España que ya tenía casi por perdida, y entregarle la Iliria, pero no completa, pues su loca fantasía le hizo proponer la cesión, quedándose Francia con Trieste, que era precisamente lo que más había de exigir Austria para tener salida á nuestro mar. Todo esto convenció á Metternich de que la guerra era inmi-

nente, y para ello se preparaba bien decidido á cumplir lo que había dicho á los aliados y á Napoleón.

A medida que se había ido acercando el día fatal en que terminaba el armisticio, los generales franceses y los hombres de Estado que rodeaban á Napoleón, veían clarear la situación y que era la guerra y no la paz lo que iba á salir del armisticio. Convencidos de que la guerra era una locura, que no era posible combatir á la vez contra Rusia, Prusia, Austria y Suecia, pues ya Bernadotte estaba con su gente en Silesia, aspirando nada menos que á reemplazar en Francia á Napoleón, instábanle para que firmase la paz cuyas condiciones ignoraban, pues Napoleón las tuvo secretas para todo el mundo que solo él y Maret las conocían, diciendo á todos que eran deshonrosas, pues de saberse, quien sabe si los que suplicaban la paz no la hubiesen exigido. Fouché desde Dresde, Savary desde París le pedían la paz por la salvación del imperio,

pero Napoleón quería dictarla y no sufrirla y á esta tremenda exageración de su amor propio vino al fin á sacrificarlo todo. El mismo día en que espiraba el armisticio contestaba á la última nota de Metternich que había dejado en calculado olvido algunos días, no creyendo que Metternich firmase á las doce del 10 de Agosto la adhesión de Austria á la coalición, pero Metternich no retardó su firma ni un segundo, y cuando al día siguiente llegó la respuesta de Napoleón, su enviado pudo decirle que Metternich acaba de anunciar al cuerpo diplomático, reunido en Praga, á donde se había trasladado la corte austriaca, que su amo había entrado en la coalición. El plan de Napoleón, pues, había fracasado, su pretensión de entretener á Austria mientras él destruía á rusos, prusianos y suecos, se había malogrado por completo, en el momento mismo, pues, de entrar en campaña tenía ya que contar con los austriacos que en número de doscientos cincuenta mil avanzaban resueltamente sobre Dresde, mandados por Schwarzenberg. Los cincuenta mil que faltaban vigilaban á Eugenio y á Italia.

De cómo habían aprovechado los aliados y Napoleón los dos meses que duró el armisticio, vamos ahora á verlo. Bernadotte tenía entre suecos y aliados ciento treinta mil hombres, y con ellos debía de Berlín marchar sobre Magdeburg y forzar el Elba. Blücher con ciento veinte mil rusos y prusianos debía acudir á Dresde al encuentro de los doscientos cincuenta mil austriacos, quinientos mil hombres y mil quinientos cañones marchaban pues sobre Napoleón. A estas fuerzas que iban á entrar en operaciones sobre la marcha, Napoleón no podía oponer mas que trescientos ochenta mil hombres, pues aún cuando tenía armados seiscientos mil, no le fué posible, ó no pensó en concentrarlos. La segunda campaña de 1813 iba, pues, á lidiarse en condiciones diferentes de la primera, ahora el número estaba de parte de los aliados.

El bravo é impaciente Blücher, el hombre de hierro de la Alemania y de las campañas que habían de acabar con Napoleón, se adelantó temerariamente logrando solo que Napoleón durante los días 21 al 23 de Agosto le escarmentase rudamente arrojándole sobre el Oder. Pero Napoleón no pudo completar su victoria, el enemigo marchaba sobre Dresde bajando por los desfiladeros de Bohemia y tuvo que correr á la Sajonia para detenerle. Macdonald quedó con ochenta mil hombres enfrente de Blücher.

La marcha sobre Dresde la había aconsejado el

general Moreau, el plan de los aliados era caer sobre Leipzig para cortar á Napoleón sus comunicaciones con Francia, pero Moreau les hizo comprender que caso de ser derrotados serían ellos los cortados y se adoptó el plan del gran general republicano.

Moreau, como hemos dicho, en su lugar, se había retirado á los Estados Unidos en donde vivía como un buen republicano querido y amado de todo el mundo, y sin pensar en desempeñar en la política europea ni en los campos de batalla de Europa, nuevo papel alguno. Pero al saber lo que había pasado en Rusia creyó que podría salvar á Europa y á Francia del despotismo de Napoleón y se embarcó para Suecia. A su antiguo compañero de armas, al antiguo patriota, á Bernadotte, le reveló su plan. Este consistía en armar los cien mil prisioneros franceses que tenía Alejandro y desembarcar con ellos en Francia, seguro de hacer con ellos lo que Malet había pretendido hacer por sí solo. Bernadotte aprobó su proyecto y recomendó al general y el proyecto á Alejandro. Este no vió la cosa tan fácil, tal vez creyó que aquellos cien mil prisioneros una vez armados no fueran de nuevo otros cien mil enemigos, ello es que, después de asegurar á Moreau que no se tocaría á las fronteras naturales de Francia que es lo que pedía el general francés, le retuvo en su cuartel general, y poco á poco fué comprometiendo al hombre puro y sin mancha que iba á encontrar la muerte en el campo de los enemigos de Francia.

Los soberanos aliados marchaban sobre Dresde llevando por delante á Gouvion Saint-Cyr á quien los historiadores franceses censuran por no haber con su solo cuerpo de ejército de veinte mil hombres detenido á ciento cincuenta mil hombres, como se lo había ordenado Napoleón, mientras él iba con un rápido movimiento á envolver al enemigo colocándose á sus espaldas. Pero Gouvion Saint-Cyr estaba ya sobre las mismas casas de Dresde, sus habitantes veían inminente el asalto de la ciudad, y á él no le era posible responder de una defensa con gente escasa y con una población amilanada. Así hubo de decirse á Napoleón y éste se convenció, con lo que queda Gouvion justificado. Empero Napoleón no quiso renunciar á su movimiento envolvente, y cuando para esto se había puesto al frente de ciento cuarenta mil hombres, ordenó á Wandamme que lo ejecutara con solos cuarenta mil soldados, Napoleón llegaba á Dresde con cien mil hombres el día 26 de Agosto. A las tres de la tarde atacaban la ciudad los aliados á quienes Napoleón rechazó

con su ejército particular, es decir, con su guardia que había elevado á cincuenta mil combatientes.

Amaneció el 27 de Agosto brumoso y lluvioso y Napoleón aprovechó hábilmente el mal tiempo para acercarse á los aliados que estaban mal colocados. Abrióse la batalla con un furioso cañoneo sobre el centro en donde estaban Alejandro y Moreau llevándose una bala de cañón las dos piernas al vencedor de Hohenlinden que de tan triste y miserable manera acabó la vida. Mil doscientos cañones tronaban de uno y otro lado sembrando la muerte, y por parte de Napoleón el fuego de su artillería tenía por objeto distraer la atención de los movimientos de Víctor y Murat, éste había obedecido las órdenes de Napoleón, y había regresado de nuevo al ejército para mandar la caballería en cuyo puesto era irremplazable. Y en efecto, tan pronto el rey de Nápoles y el mariscal Víctor desembocaron del otro lado del torrente de Plauen con su caballería el uno y con su infantería el otro, la embestida fué general, y los aliados cedieron por todos lados, dejando treinta mil hombres en el campo de batalla. Si ahora es posible arrojar á los vencidos del lado de Vandamme, su destrucción era segura, pero á condición de que hubieran fuerzas bastantes para encerrar á los tres soberanos y batirlos.

Decimos esto porque los historiadores franceses echan la culpa á los mariscales de Napoleón por haber sucedido todo lo contrario. Sucedió que, al principiar la persecución, recibió Napoleón una tras otra las noticias de haber derrotado Bernadotte á Oudinot en Gross-Beeren,—23 de Agosto,—con lo que se salvó esta vez Berlín, y haber sufrido Macdonald igual suerte en Katzbach en donde Blücher le hizo perder diez y ocho mil hombres y ochenta cañones, pues sus tropas, aterrorizadas por el mal tiempo que les hubo de recordar la campaña del pasado invierno, se desbandaron. Napoleón abandonó en consecuencia la persecución de los tres soberanos y corrió en auxilio de sus lugartenientes. Esto se ha criticado mucho, sin notar que de seguir á los tres soberanos cada vez se hubiera ido alejando más de sus lugartenientes batidos y que hubiera podido suceder que, el mismo día en que él consiguiera batir de nuevo á los tres reyes, Bernadotte y Blücher hubieran por su parte acabado con Oudinot y Macdonald haciendo tablas la campaña, sino es que Napoleón hubiese quedado cortado. Napoleón vió perdida la línea del Elba que era su primera línea de defensa en caso de retirada, y corrió á defenderla. ¿Los que iban detrás de los soberanos aliados faltaron?

Cuando se trata de militares como Gouvion Saint-Cyr y Mortier, se ha de ser muy prudente. En el primer día de la retirada, cuando los fugitivos no se habían repuesto del combate, le fué fácil hacer ocho ó nueve mil prisioneros; pero luego, ya repuestos y concentrados, sabiendo que Vandamme les esperaba al otro lado de las montañas, y siendo los que se retiraban muchos más que los que perseguían, comprendieron que no habían de correr, y dicho se está que desde el momento que notaron su resolución los que les perseguían, habían de hacerse prudentes.

Vandamme, pues, iba á correr un gran peligro, pues si los aliados lograban con parte de sus fuerzas detener no más á Mortier y Gouvion, Vandamme estaba perdido. Este general continuaba avanzando, muy ajeno de pensar que corriera á su ruina. El 29 de Agosto hizo á un cuerpo ruso gran número de prisioneros, pero al llegar á Kulm se encontró delante de grandes masas enemigas, en lo que no podía creer. Tomó resueltamente posiciones á su frente, y las mantuvo durante todo el día 29, pero al amanecer del 30 fué atacado por el grueso de las fuerzas aliadas. Vandamme, creyendo en la posibilidad del socorro, se mantuvo enérgicamente en su puesto, pero los austro-rusos, que habían conseguido en las montañas sustraerse á Mortier y Gouvion, habían conseguido que por el frente de éste desfilase el cuerpo prusiano de Kleist, que se arrojó sobre las espaldas de Vandamme, cuando éste creía que eran sus compatriotas los que venían en su socorro. Vandamme no se podía defender á la vez contra los cien mil hombres que tenía á sus espaldas y los que le atacaban de frente; resolvió, pues, salvarse, pasando por encima del cuerpo de Kleist, pero con mala suerte, pues él y doce mil de sus soldados quedaron en sus manos prisioneros.

Napoleón recibió la noticia del desastre de Kulm cuando iba á emprender sus operaciones contra Bernadotte, á cuyo encuentro enviaba á Ney, que había reemplazado á Oudinot, y contra Blücher, á quien hizo retroceder más que de prisa, al saber el general prusiano que Napoleón apoyaba á Macdonald, pues había tomado una posición que le permitía auxiliar á uno ú otro de sus lugartenientes, según las circunstancias. El desastre de Kulm paralizó á Napoleón, mientras Ney iba avanzando, de modo que cuando éste topó con Bernadotte en Dennervitz,—6 de Setiembre de 1813,—no podía esperar que Napoleón le ayudara, por estar demasiado lejos. Tuvo, pues, que batirse con sus cin-